

Adriana Rodríguez Pésico

EN HOMENAJE A EDWARD SAID

***Orientalismo*, libro ineludible del crítico Edward Said publicado en 1978, sigue cumpliendo una importante función para entender las escenas de guerra contemporánea en las que Occidente reduce a Oriente a representaciones esquemáticas del Mal bajo la forma de barbarie, violencia o irracionalidad.**

Cuando el 25 de setiembre de 2003, nos enteramos de la muerte de Edward Said, sentimos que habíamos perdido no sólo a un gran pensador sino también a un extraordinario luchador por la justicia y la libertad. Las páginas que siguen asumen el propósito de un homenaje con lo que ello implica de admiración y de respeto. No quisimos repetir biografías laudatorias ni desgranar breves comentarios bibliográficos. Optamos, entonces, por volver a uno de sus libros más revulsivos, *Orientalismo* que, habiendo cumplido veinticinco años, conserva intacta vigencia. En la presentación de la versión española, Juan Goytisolo dice: “En 1978, la publicación de *Orientalismo* del palestino Edward Said, profesor de literatura inglesa y comparada en la universidad de Columbia en Nueva York —conocido hasta entonces por sus excelentes estudios de crítica literaria— produjo el efecto de un cataclismo en el ámbito selecto, un tanto cerrado y autosuficiente, de los orientalistas sajones y franceses” (9). Leído después del 11 de setiembre de 2001 y de la guerra de Estados Unidos a Irak, el texto exhibe un carácter anticipatorio a la vez que muestra los pasos de una historia y de una política que debían culminar en la ocupación de un territorio árabe. Dicho de otro modo, si bien le compete al lector reponer los hechos posteriores al año de 1978 la génesis está allí, en las páginas de *Orientalismo*, accesibles a cualquier interesado en el tema.

El poder colonial necesita el conocimiento de los pueblos conquistados; el saber es condición primera para la apropiación del otro. Por medio del análisis del discurso orientalista —que concibe a Oriente como un territorio unificado, que borra la vastedad de culturas y pueblos— Said traza una historia de las representaciones del oriental, en especial en los siglos XIX y XX, época de configuración y expansión de la disciplina. Cuando estudia la fase reciente, el ensayista sostiene que, **después de la guerra de 1973, el árabe toma los contornos siniestros de un peligro que acecha al mundo occidental. A lo largo del tiempo, la figura concentra rasgos negativos como la lascivia, la violencia, la deshonestidad, lo irracional, el atraso y la degeneración o el sadismo.** El imaginario así configurado dice a las claras que los árabes —seres sólo biológicos e incapaces de autogobernarse— carecen de estatura moral para decidir el destino del mundo afincado en las reservas petroleras. “Sin los eufemismos habituales, la cuestión que normalmente se plantea es si gente como los árabes tienen el derecho de mantener al mundo desarrollado (libre, democrático y moral) amenazado. De este tipo de cuestiones, se pasa con frecuencia a la sugerencia de que los marines podrían invadir los campos petrolíferos árabes” (338). Dejo al lector los comentarios que pueda suscitar el párrafo.

La tesis de *Orientalismo* “[...] no consiste en sugerir que existe una realidad que es el Oriente real o verdadero (islam, árabe o lo que sea) ni tampoco consiste en confirmar la situación privilegiada de toda perspectiva ‘interna’ frente a cualquier que sea ‘externa’, por usar la útil distinción de Robert K. Merton” (377). Los intereses se dirigen al estudio de un sistema particular de ideas que crea una entidad llamada Oriente. Los enunciadores de ese discurso son hombres occidentales —eruditos, filólogos, escritores, viajeros, diplomáticos o militares— que hablan sobre su objeto para hacerlo visible y comprensible. **La tarea conlleva no sólo operaciones de traducción sino, fundamentalmente, de domesticación de la otra cultura.**

La tautología parece resistir el paso del tiempo; así, una categoría vacía —el semita, el árabe, el oriental— adquiere dimensión atemporal, que se impone a los sujetos y que permite anticipar cualquier actitud anclándola en una esencia preexistente, un molde donde se acomoda y adapta, de manera exacta, lo individual: “Hemos señalado cómo, durante el siglo XIX, en escritores como Renan, Lane, Flaubert, Caussin de Perceval, Marx y Lamartine las generalizaciones sobre ‘Oriente’ adquirieron poder a partir de la presumida representatividad de todo lo oriental. Cada átomo de Oriente manifestaba su orientalidad en la misma medida que el atributo de ser oriental anulaba cualquier otra circunstancia” (277).

Desde una perspectiva teórica, el texto ofrece un compendio de muchas de las ideas y de las líneas de pensamiento que han dominado el campo de las humanidades durante estas últimas décadas. El lector reconocerá, por ejemplo, la deuda que tienen con él los estudios culturales. **Si hay libros pilares o, como sostenía Foucault, autores fundadores de discursividades, deberíamos agregar a Edward Said con su *Orientalismo* a la lista de los ilustres como Marx y Freud.** El rasgo más saliente de sus escritos es la capacidad de desmitificación. Las operaciones que realiza descubren intenciones políticas disfrazadas de intereses universales, establecen conexiones entre los sistemas de saber y los aparatos de poder, detallan las estrategias de dominación cultural y económica, demuestran la mala fe y las falsedades que oculta el discurso erudito o científico. Hábil crítico literario, Said posa su mirada analítica usando una categoría que ha sido crucial en los debates teóricos de las humanidades en diferentes coyunturas: la *representación*.

En síntesis, **Oriente se reduce a las representaciones que se han ido acumulando y superponiendo a lo largo de una historia que se remonta al Concilio de Vienne, en 1312, fecha en que se crean las cátedras de árabe, griego, hebreo y siríaco en las principales universidades europeas.** La re-

presentación supone el carácter de algo construido, y como tal, guarda distancias respecto de cualquier intento de acercarla a una verdad absoluta. Las representaciones forman parte del acervo cultural, están metidas en el corazón de la vida comunitaria. “[...] Una representación está *eo ipso* comprometida, entrelazada, incrustada y enttejida con muchas otras realidades, además de con la ‘verdad’ de la que ella misma es una representación” (322). Las representaciones culturales son históricas; su conjunto integra las formaciones discursivas que consolidan el archivo de una época. Michel Foucault hace su aporte desde la primera página así como Raymond Williams y Roland Barthes; *Orientalismo* apela, de modo implícito, a la teoría del mito como sistema semiológico. Las reflexiones que el francés

despliega en sus *Mythologies* se filtran y resuenan en el texto de Said. Basta, como fundamentación, un par de ejemplos, tomados al azar: "Le mythe ne cache rien et il n'affiche rien: il déforme; le mythe n'est ni un mensonge ni un aveu: c'est une inflexion". "Nous sommes ici au principe même du mythe: il transforme l'histoire en nature" (215). Concluimos: el orientalismo es un discurso mítico.

En *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Alvin W. Gouldner afirma que los intelectuales integran una clase que se distingue por constituir una comunidad lingüística poseedora de una cultura del discurso crítico. Lejos de justificar sus afirmaciones en la autoridad o el estatuto social del hablante, esta cultura desautoriza todo enunciado que se basa en la autoridad tradicional mientras se autolegitima a partir de la elaboración de un lenguaje consistente. Said es un miembro conspicuo de esa clase que toma partido al mismo tiempo que se aleja del panfleto. Para no dejar lugar a dudas, reitera sus propósitos y su posición de escritura así como aclara, en numerosas oportunidades, la idea de orientalismo que escande las argumentaciones agregando, en cada caso, elementos que entran en el campo semántico del concepto y lo reformulan a medida que avanzan las páginas. Podríamos consignar un significado general, el orientalismo como "un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se establece entre Oriente y —la mayor parte de las veces— Occidente" (21); otra definición que señala la transformación de la disciplina al servicio de las políticas de los países hegemónicos "dejando de ser un discurso erudito, para convertirse en institución imperial" (125); o aún alguna más compleja que concibe al orientalismo "como forma regularizada (u 'orientalizada') de escribir, de ver y de estudiar dominada por imperativos, perspectivas y prejuicios ideológicos claramente adaptados a Oriente. Oriente es una entidad que se enseña, se investiga, se administra y de la que se opina siguiendo determinados modos" (245). Todo crítico literario es consciente de la eficacia que deben tener los principios y los finales; por eso, Said elige, con cuidado, las palabras de cierre que invalidan al orientalismo al considerarlo un modo seductor de degradación del conocimiento.

Hacia el final, Said explicita las preguntas que han sostenido el desarrollo de las argumentaciones. Vale la pena transcribirlas porque, más allá de iluminar el entramado de *Orientalismo*, proveen un modelo metodológico al crítico cultural:

"¿Cómo se representan otras culturas? ¿Qué es otra cultura? El concepto de una cultura distinta (raza, religión o civilización) ¿es útil o siempre implica una autosatisfacción (cuando se habla de la propia cultura) o una hostilidad y una agresividad (cuando se trata de la 'otra')? ¿Qué cuenta más, las diferencias culturales, religiosas y raciales o las categorías socioeconómicas y político-históricas? ¿Cómo adquieren las ideas autoridad, 'normalidad' e incluso la categoría de verdades 'naturales'? ¿Cuál es el papel del intelectual? ¿Será el de dar validez a la cultura y al Estado del que forma parte? ¿Qué importancia debe él dar a una conciencia crítica e independiente, a una conciencia crítica de oposición?" (381-382)

Las últimas preguntas involucran la vida entera de un sujeto que se piensa como intelectual. Si, como sostiene Zygmunt Bauman en su libro *Legisladores e intérpretes*, la palabra *intelectual* se enuncia en plural y conlleva algún tipo de asociación, los vínculos que unen al grupo se determinan por la autonomía respecto del poder, la distancia crítica y el colocarse más allá de lo inmediato, la puesta en cuestión de todo

dogma o creencia y la desactivación de las ficciones ideológicas que impone la cultura. A la hora de escoger un lugar de enunciación, Said apuesta al literato que se compromete en su quehacer: “Pero siempre quedará la eterna excusa de decir que un erudito literario y un filósofo, por ejemplo, están preparados para hacer literatura y filosofía, respectivamente, y no política ni análisis ideológicos. En otras palabras, que el argumento del especialista puede bloquear con bastante eficacia la perspectiva intelectual que, en mi opinión, es más extensa y seria” (33). Sus preferencias coinciden con la distinción que hace Norberto Bobbio, en *La duda y la elección*, entre los “ideólogos” —que proporcionan los principios-guía— y los “expertos” que proporcionan los conocimientos-medio. Para el pensador italiano, los intelectuales “ejercen el poder espiritual o ideológico, en contraposición al poder temporal o político” (113). El enfrentamiento con los poderes políticos e ideológicos fue una línea de conducta que Said persiguió sin descanso.

“Nuestro primer deber de escritor es, pues, devolver su dignidad al lenguaje”, dice Sartre en *Qué es la literatura* (244). La cita, que presupone la fusión de las figuras del escritor y del intelectual, describe la trayectoria de Said: sus escritos preservan un lugar destacado para la literatura y la filología. El ensayista no olvida su formación:

“Lo que, como erudito, me interesa más, no es la gran realidad política, sino el detalle [...]”. (34). Las páginas más sagaces resultan aquellas en las que el analista textual enfoca a escala microscópica, se concentra en los detalles y espiga fragmentos con los que armará luego la trama completa. Porque la literatura se caracteriza por lo singular, Said se acerca a los textos para observar en ellos lo irrepeti-

ble. El ensayista otorga todo el poder a la literatura y se lamenta del olvido en que la han sumergido las nuevas ciencias sociales. Cuando examina un capítulo de *The Seven Pillars of Wisdom* de Lawrence, las categorías literarias entran en acción. Said declara la derrota de la narración en favor de la visión al indagar en el conflicto entre la visión holística de Oriente y la narración de los sucesos. Mientras la narración teje una historia compleja que abriga la variedad de las experiencias humanas, el “esencialismo sincrónico” de la visión panóptica acarrea una serie de categorías reductoras; las generalizaciones convierten a los miembros de una cultura en representantes de los valores y las ideas que los orientalistas han encontrado en Oriente. El crítico acusa a los eruditos de haber aceptado y propiciado un conjunto de *idées reçues* que son transmitidas, conservadas y engrosadas de generación en generación. La tarea, lejos de ser inocente, se convierte en instrumento de dominio político y económico. Sabemos que los núcleos con los que se construyen las identidades nacionales son la tierra, la lengua, la religión, la historia o la etnia que se entrelazan para arraigar, en un elemento material u objetivo, algo que pertenece al orden de la voluntad. En el intento de cercar una identidad “oriental”, que facilite la multiplicación de estereotipos, muchos orientalistas se hacen cargo del tópico de una lengua que se identifica con una ideología. Said se detiene en un artículo de E. Shouby, de 1951, en el que el autor hace una analogía entre la lengua y la mentalidad y menosprecia, de modo velado, al árabe porque es proclive a la “impresión general del pensamiento”, muestra “insistencia exagerada en los signos lingüísticos”, e incurre en la “afirmación excesiva y exageración” (376). Más que de modos narrativos o descriptivos, se trata, quizás, de la fuerza que adquieren ciertas representaciones culturales. Su salud res-

plandece ni bien comprobamos que, con estrategias similares a las usadas por Shouby, Domingo F. Sarmiento descalificaba, cien años antes, el lenguaje de los caudillos al tiempo que, como buen maestro, corregía las deformidades y las anomalías. Agreguemos que, para el argentino, los caudillos encarnaban la barbarie y que Facundo Quiroga aparece, a menudo, bajo la imagen de un oriental de las pampas.

Si la visión corrobora la inmovilidad, la narración introduce la inestabilidad en la rigidez del sistema de estereotipos y se torna diacronía: “La historia y la narración a través de la cual se presenta la historia demuestran que esa visión es insuficiente y que ‘Oriente’ como categoría ontológica incondicionada no hace justicia al potencial de cambio de la realidad. Además, la narrativa es la forma específica que adopta la historia escrita para contrarrestar la permanencia de la visión” (287). Los orientalistas cometen el pecado de la abstracción —y la consiguiente canalización—, por el contrario, los escritores y los críticos literarios logran atrapar lo concreto. Dos ejemplos. El primer texto de ficción es *Bouvard et Pécuchet*, la novela inconclusa de Flaubert, cuyos personajes sufren la experiencia de la desilusión, una estructura de sentimiento de la época. Después de interpretar la novela como la puesta en narración de la idea hegemónica del siglo —reconstruir el mundo según un proyecto imaginario—

el autor se detiene en la escena final en la que Bouvard y Pécuchet, habiendo renunciado a la práctica de los saberes, encuentran satisfacción en copiar. Said ve en la escena la metáfora de la estructura moderna del orientalismo:

“El saber ya no requiere ser aplicado a la realidad; es lo que se transmite en silencio y sin comentarios de un texto a otro. Las ideas se propagan y se diseminan anónimamente, se repiten sin atribución, se vuelven literalmente, *idées reçues*: lo que importa es que están allí para ser repetidas, imitadas y vueltas a imitar sin ser criticadas”. (149). Segundo ejemplo: con el objetivo de materializar el sentimiento de crisis de la cultura occidental que se expande en la época de entreguerras, Said se refiere al clásico *Mimesis* de Auerbach, al que interpreta como el estudio de la evolución de la cultura occidental en los momentos postreros de su integridad. Con sus análisis literarios, el libro capta, de modo magistral, una totalidad a punto de desintegrarse.

Las posiciones políticas de Said son archiconocidas. La causa palestina fue una sublime obsesión. Ello no impidió que sus escritos mantuvieran la perspectiva crítica. Parfraseando a Bobbio, el intelectual opta por la duda en contra del dogma; por la actitud crítica que lo aleja del entusiasmo irreflexivo, por el rigor del saber que contradice los facilismos de las creencias y de la propaganda. En suma, ésta es la lección que nos regaló Edward Said.

